

El reinado de Saúl

Se cree que Saúl reinó unos veinte años. Su mujer legítima fue Ahinoam, hija de Ahimaas, que le dio cuatro hijos, de los que únicamente dos dejaron memoria. Tuvo además varias concubinas que crearon en Gibeá linajes colaterales de saulidas.

No tuvo capital propiamente dicha. Normalmente vivía en su pueblo, Gibeá de Benjamín, que por él fue llamada Gibeá de Saúl. Allí llevaba en familia (sin lujo ni ceremonial alguno) una vida sencilla de noble campesino, y cultivaba sus campos. Cuando no guerreaba, no se ocupaba de otros negocios. Su casa era bastante amplia. En cada novilunio se celebraban sacrificios y banquetes, a los cuales asistían todos los oficiales.

El asiento del rey estaba apoyado en el muro. Para realizar sus mandatos tenía *racim* (corredores) análogos a los *chausch* del Oriente moderno, pero nada que se pareciera a una corte. Acompañábanle hombres de las cercanías, más o menos emparentados con él, como Abner. Formaban una especie de nobleza rústica y militar a un tiempo, sólida piedra angular, como se encuentra en la base de las monarquías duraderas. Pero la poca capacidad del hombre lo inutilizó todo. La monarquía estaba fundada, pero no se había encontrado aún la dinastía. Aún se hallaban en el periodo de los tanteos.

Posteriormente se ha dado a entender que Samuel puso en muchas dificultades a la monarquía de Saúl, y que el viejo profeta, que había creado la realeza contra su gusto, trató de ir deshaciendo al por menor lo que había tenido que otorgar. Repetimos que ese relato está concebido por el pensamiento teocrático de una época posterior. En los textos verdaderamente históricos no hay una prueba de que Samuel quisiera perjudicar a Saúl. ¿Qué motivo existiría para semejante oposición? Nunca trató Saúl de mezclarse en la misión profética de Samuel. Su poder fue exclusivamente militar y nada innovó en religión. Parece que su jehovahismo no fue muy riguroso; pero quizá fuera menor el de Samuel. El eclecticismo teológico era todavía muy amplio entonces. Como Samuel, sacrificaba Saúl en los lugares consagrados ya, erigía altares de piedra en bruto y no le repugnaba ninguno de los varios nombres con que se honraba al Eterno en los lugares altos. David y su mujer Mikal, hija de Saúl, tenían en su casa *terafin* esculpidos, a manera de dioses domésticos, objeto de un culto religioso.

Los arrebatos de coribantismo sagrado a que estaba sujeto Saúl, gran aficionado a las danzas religiosas, no tenían un vínculo especial con el jehovahismo. Estos accesos se consideraban efectos del espíritu de Dios que sopla hacia donde quiere. Aquello era elohismo puro. La razón de Saúl parece que sufrió extraños desvaríos al atravesar estos periodos. Su inteligencia, que participaba de todas las debilidades de aquel tiempo, se extravió. Llegó hasta la nigromancia, y luego la despreció, puesto que se le atribuyen leyes contra nigromantes y brujos. En su reinado fue casi nulo el progreso religioso. Los problemas más graves se sometieron a las suertes de los dados, con una confianza que suponía una fe bien ciega en los adeptos y una audacia inaudita en los sacerdotes poseedores del objeto sagrado.

Saúl fue un efectivo soporte en la historia de Israel como jefe guerrero. Su hijo, el valiente y leal Jonatás, le secundó poderosamente. Cuando Saúl tomó el título de rey, la situación era muy penosa. Los filisteos poseían fuertes en el mismo centro del país. Saúl y Jonatás eran casi los únicos armados. Parece que los filisteos vencedores habían suprimido en Israel la fabricación e incluso la reparación de los objetos de hierro, de modo que para afilar sus instrumentos aratorios, tenían que ir los israelitas a la tierra de los filisteos. La desorganización militar, debida a la importancia exclusiva de hombres como Samuel, extraños a la guerra, era completa. Saúl y Jonatás hicieron prodigios de valor y actividad para

mejorar la situación. Hasta entonces, el ejército de Israel no había sido más que una milicia ciudadana mandada en la lucha por un jefe improvisado. Desde la época de Saúl, hubo un ejército permanente o por lo menos cuadros; un *sar-saba* o *seraskier*, hombres de guerra por oficio, y jefes que podían disponer de sus soldados. Uno de los capitanes de mayor capacidad fue Abner o Abiner, que, al parecer, era primo hermano de Saúl.

Saúl se apoyó durante la primera campaña en Mikmas, Betel y Gibeá. Saúl y Jonatás se establecieron sólidamente en aquellos parajes. Jonatás derrotó a la guarnición filisteas de Geba. Este éxito parcial produjo un nuevo ataque de todas las fuerzas filisteas. El país fue ocupado totalmente: el pueblo se vio obligado a ocultarse en las cavernas, en las cisternas, en los lugares peñascosos y cubiertos de malezas. Muchos pasaron el Jordán y se refugiaron en Gad y Galaad. Una poderosa caballería enemiga y numerosos carros de guerra cubrieron la región al Norte de Jerusalén en una extensión de varias leguas.

El gran número de invasores fue precisamente su mayor debilidad. Llevaban consigo un gran séquito de criados, en su mayor parte israelitas, que viendo la actitud firme de Saúl y Jonatás, se aliaron a sus antiguos compatriotas. La batalla se extendió entre Mikmas y Acialón y la persecución fue terrible para el enemigo, que dejó detrás de sí un botín considerable. Los israelitas hambrientos se arrojaron sobre los bueyes y las terneras, los mataron allí mismo y se los comieron con sangre y todo. Esta circunstancia turbó a Saúl. Comerse la carne con la sangre era un crimen. Saúl mandó que le trajeran una piedra grande: sobre ésta fueron degollados los animales que cada cual llevó, y volvióse a empezar el festín, que duró toda la noche. La piedra grande se consideró el primer altar erigido por Saúl a Jehová.

Abiah, sacerdote de Silo, biznieto de Eli, seguía al ejército con su *efod*. Se le consultaba en todos los casos apurados. Hubo un momento en que el *efod* se negó a contestar, lo cual indicaba una perturbación profunda, que Jehová no estaba ya en comunicación con su pueblo. Creyeron que un gran crimen era la causa del enojo momentáneo de Jehová. Se lanzó el anatema que condenaba a muerte a aquel que fuera designado por Jehová. Se procedió como siempre, por dicotomía, poniendo a un lado a todo el ejército y al otro a Saúl y a Jonatás. «Si la culpa es mía o de Jonatás —dijo Saúl a Jehová—, da *urim* y si es del pueblo, da *tummim*.» Salió *urim*, y luego se realizó la misma operación entre Saúl y Jonatás. Éste fue el designado. Resultó que Jonatás había incurrido inconscientemente en caso de muerte jurado por su padre. A la imaginación israelita le gustaban estas leyendas propias para realzar el carácter absoluto del juramento. En el caso de Jonatás, protestó la conciencia popular, y la víctima designada se salvó.

Se crearon rápidamente relatos heroicos sobre estas guerras, en que tenía un lugar esencial la aventura individual. Se creía que entre los filisteos había muchos restos de la antigua raza de los *enakim* o gigantes, casi todos de Gath. Como los israelitas eran de estatura media, estos gi-

gantes los asombraban y los asustaban. Un hecho muy ordinario de la leyenda militar era que uno de aquellos gigantes luchaba con un israelita, que naturalmente vencía. El más moderno y desarrollado de estos relatos es aquel en que el joven David mata con su honda al gigante Goliat. Pero este nombre legendario ya se había utilizado, puesto que la espada de Goliat había sido entregada a David por los sacerdotes de Nab, como trofeo consagrado de tiempos atrás. La oposición entre el débil armamento de los israelitas y las armas terribles del extranjero daba interés a estas aventuras, que acababan siempre con el agradable espectáculo del extranjero muerto a pesar de su casco y su coraza, de un modo infantil.

Saúl fundó una verdadera escuela de guerra, cuyo nervio fue la tribu de Benjamín. Los grupos carios y pelasgos de Gat y Ekron vieron frente a ellos una organización capaz de resistir. Era aquello una guerra constante, una especie de duelo, sin otra interrupción que la de las estaciones. El resultado general fue favorable a Israel. Los filisteos fueron rechazados a la llanura marítima, y el dominio natural de los israelitas, la montaña, quedó casi libre de sus ataques.

Las campañas de Saúl contra los moabitas y amonitas y contra el Aram de Seba, son poco conocidas. Lo que se dice de su guerra contra los amalecitas y su rey Agag pertenece a un relato moderno, falseado por la intención de rebajar a la realeza ante el profetismo. Ciertamente es sin embargo que una parte de la actividad de Saúl la utilizó en castigar a los beduinos del Este, que saqueaban a los israelitas.

Es incomprensible el ensañamiento demostrado por Saúl contra los cananeos, sobre todo contra los gabaonitas. Mejor política habría sido intentar asimilarse estas poblaciones, poco preligrosas por su estado de desorganización. Saúl trató de exterminarlos y demostró entonces extremada crueldad, de la que se derivaron luego para su familia represalias terribles. Tal monarquía, fundada, según todas las reglas históricas, en el heroísmo y en servicios de primer orden prestados a la unidad nacional, merecía haber sido tranquila y próspera y haber servido de base a una dinastía. No fue así. El reinado de Saúl, aunque fructífero para Israel, llenó al hijo de Kis y a su familia de tristezas y perturbaciones profundas. Saúl, hombre de gran valor, excelente soldado, era poco inteligente. Abusaba del *efod* y pedía al oráculo lo que debía pedir a su propia cordura. Pocas veces se vio un espíritu tan supersticioso. El perpetuo temor a una fuerza desconocida y caprichosa le impedía ejercitar sanamente el juicio. Sus largas relaciones con las escuelas de profetas le habían dado una debilidad nerviosa, una especie de tendencia a la epilepsia. Todo ello, unido a un temperamento melancólico y a las responsabilidades de un cargo nuevo en Israel, perdió al pobre Saúl. Cayó en una especie de locura, que se creyó efecto de un soplo maléfico de Dios. Inconscientemente, hacía mil ademanes desordenados, como los de los profetas en sus accesos. Únicamente volvía en sí mediante una música semejante a la de los nabís. Le calmaban especialmente los sonidos graves del arpa. En sus

ratos de mal humor, llamaba a los arpistas más hábiles para remediar la perturbación de sus sentidos.

En aquel mundo ardiente de la ambición oriental, el hombre no podía cometer ninguna falta; siempre había cerca de él quien procurara aprovecharse de ella. Las intermitencias de la razón de Saúl no habrían tenido gran importancia, si el azar no hubiera puesto junto a él a un hombre que poseía justamente todas las habilidades de que él carecía. El mito etimológico de Jacob el suplantador ha sido varias veces una realidad en la historia antigua de Israel.

«La guerra con los filisteos fue violenta durante todos los días de Saúl, y cada vez que Saúl veía un hombre bravo y fuerte lo agregaba a su persona.» Así empieza el capítulo concerniente a David en el libro *Guerras de Jehová*. Ellas son el mejor elogio de Saúl y resumen su papel histórico.